

Sergio Cecchetto

Voy a recordar a un filósofo. Se que de escucharme estará sonriendo burlonamente, "-¿yo un filósofo?- Voy a recordar a un filósofo que buscaba la verdad. ¿Cómo todos? Como algunos, como los que a pesar de todo se toman en serio la filosofía. Es verdad que no tenía pinta de filósofo, ni de profesor, ni de pensador según la imagen de Rodin, en realidad Sergio no creía demasiado en la filosofía, era un escéptico pero buscaba desesperadamente la verdad. La verdad que nunca terminamos de atrapar, que se envuelve en velos engañosos, que parece que nunca podremos alcanzar. Era un escéptico que discutía acaloradamente por mantener la duda, que reculaba frente a las afirmaciones dogmáticas fueran éstas del signo que fueren, que dejaba siempre abierta la puerta para escapar por ella detrás de una sonrisa burlona. Nunca evadía una opinión pero no le asustaba lo provisorio, lo contingente, pero aunque reconocía que éste era el signo del pensamiento seguía empeñado en buscar respuestas y la prueba de ello son sus numerosos trabajos llenos de datos. La historia, su gran pasión le permitía tomar distancia, darse cuenta que si estos son tiempos difíciles, todos lo habían sido, como dijera Borges. La historia y la medicina convertían a su filosofía en un camino lleno de meandros para acercarse a la verdad, recovecos en que aparecía la vida, los conflictos, la tragedia y la esperanza. ¿Cómo un filósofo si no escribía difícil? ¿Si no enseñaba difícil, si no pertenecía a ninguna escuela, si no inclinaba la cabeza delante de ningún pope de la filosofía? ¿Cómo un filósofo si sus libros no están atiborrados de citas en alemán, en francés, en griego? Tal vez escuchó el consejo que Unamuno le dio en su momento a Machado: "Huya, sobre todo del arte de arte, del arte de los artistas, hecho por ellos para ellos solos" y huyó de la filosofía hecha solamente para filósofos.

Su búsqueda incesante e insistente de la verdad era la que no le daba calma pero no en la búsqueda de citas y autores sino en lo que la verdadera búsqueda de la verdad significa: ser sincero. Y ser sincero no significa solamente no mentir sino decir la verdad y amarla como algo vivo, no es formular una teoría sino honrar a la verdad como a la vida. El filósofo no solo filosofa con la razón, sino con la voluntad, con el sentimiento, con el alma toda y con todo el cuerpo. Así filosofaba Sergio, con la prisa de aquel que presiente que la vida no va a alcanzarle si no la apura. La suya fue una muerte temprana ante una vida llena de promesas, una muerte apresurada culminando una vida apresurada.

Los que compartimos una parte del camino con él, lo veíamos vivir intensamente: generar conocimiento, cultivar discípulos, apuntalar tesis, alentar vocaciones, asesorar y aportar aquí y allá ideas y sueños tanto en los más reconocidos ámbitos del conocimiento filosófico y científico como en pequeñas asociaciones de soñadores que querían cambiar el mundo con el arte y la poesía. Lo veíamos homenajear a sus maestros, redactar entusiastamente declaraciones como la Carta de Córdoba, escribir, investigar, publicar, aportar siempre de manera original y festiva pero profunda sus logros en congresos y jornadas, dar clases aquí y en el extranjero. Y al mismo tiempo mimar a sus hijas, amar a su compañera de ruta, acompañar en el crecimiento a sus mujeres como él llamaba a su familia que curiosamente también incluía a su suegra.

¿Cómo podía hacer todo y hacerlo bien? además de tomarse vacaciones, ver películas, leer poesía y literatura? Lo sostenía y alentaba un curioso apuro por vivir, por hacerlo todo, por ganar amigos y cuidarlos, por dejar huellas a su paso para que no pudiéramos olvidarlo fácilmente. Sergio vivió borracho de vida, por eso nos falta, porque la derrochaba y en ese derroche algo nos tocaba.

Sergio nos falta de verdad, en verdad, para la verdad. Fue un referente, sobre todo en la bioética, que no lograremos reemplazar, porque desde su amor a la reflexión que aparecía como ligera, fácil, asentaba piedras fundamentales sobre las que seguir construyendo, que tenían la fuerza de la ironía socrática, esa que es imposible refutar, que nos sorprende y al mismo tiempo cautiva, que nos impide separarnos de ella. Sergio no construyó un sistema ¡como hubiera podido hacerlo! no era su estilo, dejó mojones que seguimos considerando, sobre los que nos seguimos apoyando, que seguimos recordando y que no podemos eludir cuando queremos realmente decir algo de peso.

Borges decía que la muerte es el olvido. Sergio está ausente pero sigue entre nosotros como el amigo fiel que nos está mirando con un guiño de aceptación, un gesto de duda, una sonrisa de complicidad, porque hoy, aquí, lo recordamos y renovamos con él nuestra promesa de amistad.

María Luisa Pfeiffer